

# ARTÍCULO RESEÑA

## UN EPISODIO OLVIDADO DE LA HISTORIA DE MÉXICO: EL BATALLÓN SUDANÉS EN LA GUERRA DE INTERVENCIÓN Y EL SEGUNDO IMPERIO (1862-1867)

JOSÉ ARTURO SAAVEDRA CASCO

*Centro de Estudios de Asia y África  
El Colegio de México*

Richard Hill y Peter Hogg, *A Black Corps d'Élite*, Michigan, University Press, East Lansing, 1995.

Los estudios de las poblaciones de origen africano en México y las influencias culturales africanas en nuestra historia, por lo general, han centrado su atención ya sea en el pasado colonial, específicamente en torno de la mano de obra esclava traída del continente africano, o en investigaciones etnográficas sobre la herencia cultural afromexicana, visible principalmente en estados como Oaxaca, Guerrero y Veracruz.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Un claro ejemplo en el primer caso son los célebres trabajos de Gonzalo Aguirre Beltrán, *La población negra en México* (México, Fuente Cultural, 1946), y *Cuijla: esbozo etnográfico de un pueblo negro* (México, Fondo de Cultura Económica, 1958). En cuanto a enfoques antropológicos sobre la herencia cultural africana, podemos mencionar los siguientes títulos: Luz María Martínez Montiel, *Presencia africana en México* (México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994), y Marco Polo Hernández Cuevas, *África en el carnaval mexicano* (México, Plaza y Valdés, 2005). Recientes contribuciones al tema son: Chege Githiora, *Afromexicans: Discourse of Race and Identity in the African Diaspora* (Trenton, Africa World Press, 2008), e Israel Reyes Larrea, Nemesio Rodríguez Mitchell *et al.* (comps.), *De afromexicanos a pueblo negro* (México, UNAM, 2009).

El siglo XIX ha sido escasamente abordado, con la excepción de algunas tímidas e insuficientes aproximaciones.<sup>2</sup> Al parecer, el primer siglo de vida política independiente tiende a ser un periodo donde, ya sea por desconocimiento de fuentes adecuadas, desinterés o ignorancia, la presencia africana o de sus descendientes en nuestro país es un tema casi en el olvido. La historiografía sobre este siglo reconoce la importante presencia de “pardos” y “morenos” en la guerra de Independencia. Importantes intelectuales de las primeras décadas de este siglo, como el historiador Lucas Alamán y el escritor Joaquín Fernández de Lizardi, recordaban, en sus respectivas obras, la compleja composición étnica de la sociedad de castas heredada de la Colonia, donde los descendientes de africanos representaban un buen porcentaje.<sup>3</sup> A pesar de esto, las poblaciones afromexicanas constituyen un tema poco tratado por el investigador abocado al estudio de ese siglo.

Debido a este factor, hay un episodio escasamente mencionado en la historia del siglo XIX que reúne dos culturas distantes. Ocurrió durante la sangrienta guerra, cuando Francia intentó consolidar un protectorado en México que le permitiese tener influencia política y económica en América Latina y, además, detener la expansión del poderío de Estados Unidos en la región. Un batallón sudanés, compuesto de diversos grupos étnicos de Sudán y los altos del río Nilo, permaneció poco más de cuatro años en la región de Veracruz como apoyo al ejército francés y a sus aliados mexicanos imperialistas. Richard Hill, eminente historiador africanista especializado en la región de Sudán, ha rescatado esta historia olvidada donde los choques culturales, estereotipos e incluso las situaciones chuscas tienen lugar, cuando africanos, europeos y mexicanos interactuaron como aliados o enemigos en este cruento pasaje de la historia de México. La intención del presente texto es hacer una detallada

<sup>2</sup> Dos excepciones al respecto son Carlos Manuel Valdés, *Esclavos negros en Saltillo: siglos XVII-XIX*, Saltillo, Ayuntamiento de Saltillo, 1990, y Rosalie Schwartz, *Across the Rio to Freedom: U.S. Negroes in Mexico*, El Paso, University of Texas, 1975.

<sup>3</sup> Lucas Alamán, *Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, t. 1; Joaquín Fernández de Lizardi, *El Periquillo Sarmiento*, México, Porrúa, 2002.

descripción de la investigación de Hill, confrontar su información con fuentes locales y además incluir comentarios historiográficos al respecto. Todo esto con la intención de hacer accesibles los datos sobre este episodio ignorado de la historia de México a lectores hispanohablantes, cuyo conocimiento del tema es, por lo general, escaso en nuestros medios académicos e intelectuales.

### Antecedentes históricos de la presencia del batallón sudanés en México

El territorio que actualmente conforma el país conocido como Sudán había sido incorporado, desde 1821, a la provincia de Egipto, que por entonces formaba parte del imperio otomano. Dicho imperio contaba con un ejército altamente entrenado, conocido como los *mamelucos*, cuyo origen data del siglo xv. Desde 1516 hasta 1798 este cuerpo del ejército se hizo cargo del gobierno y la administración de Egipto. Una de las características principales de los mamelucos era, desde sus orígenes, que sus cuadros bajos se componían exclusivamente de esclavos procedentes de Asia central o del Caúcaso; por lo general, sus dueños se dedicaban al comercio de esclavos y vendían los más aptos físicamente al sultán y sus oficiales para ser rigurosamente entrenados militarmente e instruidos en la fe islámica. Los que eran aceptados formalmente recibían la manumisión automática de sus dueños. No obstante, y siguiendo las costumbres de las sociedades musulmanas de África del norte, los conscriptos seguían manteniendo lazos de lealtad con sus antiguos dueños, en una relación de patronazgo casi paternalista.<sup>4</sup> A diferencia de Occidente, el esclavo, y específicamente el soldado conscripto bajo este régimen, si lograba hacer una carrera exitosa, podía ascender a los más altos rangos, tener propiedades y adquirir prestigio para él y sus descendientes, sin importar su previa condición.<sup>5</sup>

<sup>4</sup> Richard Hill y Peter Hogg, *A Black Corps d'Élite*, East Lansing, Michigan State University Press, 1995, p. 5; H. A. Ibrahim, "Resistencia e iniciativas africanas en África del noreste", en Adu Boahen (ed.), *Historia general de África*, Madrid, UNESCO-Tecnos, 1987, vol. 7, cap. 4, p. 98.

<sup>5</sup> Para un detallado análisis de las características de la esclavitud en África véase

La institución de los mamelucos, como representante del imperio otomano, se fue desgastando e intentó sacudirse la autoridad del gobierno de Estambul. En 1801, el capitán turco Muhammad Alí, siguiendo órdenes del sultán, arrebató el poder a los mamelucos y los combatió a lo largo de una década. En 1811, ya como gobernador de Egipto, Muhammad Alí los derrotó totalmente y, a partir de ese momento, se dio a la tarea de crear un nuevo ejército local que los sustituyera. Por un lado, decidió reformarlo militarmente y modernizarlo en cuanto al armamento; por otro, para el reclutamiento de este nuevo ejército, Muhammad Alí aprovechó la práctica de capturar esclavos e incorporarlos. A partir de 1821, cuando la autoridad del imperio otomano se extendió por el Sudán y alcanzó las inmediaciones de los montes Nuba, los ríos Sobat y el Nilo blanco, el gobierno envió varias expediciones militares cuyo objetivo principal era capturar a numerosos habitantes de la región sur del territorio con el fin de esclavizarlos. Éstos eran en su totalidad de raza negra. Algunos fueron enviados a Turquía para servir en las casas de los poderosos; otros fueron enrolados en el ejército. Desde entonces, buena parte de los cuadros bajos del ejército egipcio quedaría conformada por elementos procedentes de varios grupos étnicos sudaneses, como los nuer, los dinka, los shilluk, los jur, los bari y los nuba.<sup>6</sup>

En las décadas subsecuentes, la mayoría de los sudaneses reclutados serían destinados principalmente a combatir las guerras interétnicas, perseguir evasores de impuestos y participar en redadas para capturar más esclavos. Ya para 1860 hubo un creciente aumento de aquellos sudaneses esclavos y libres que se reclutaron en el ejército voluntariamente. Las razones de este fenómeno eran claras. A pesar sus peligros, la carrera militar representaba una actividad económicamente estable y con posibilidades de mejorar las expectativas, a diferencia de las limitaciones de la vida en el campo o de la esclavitud doméstica. Además, pertenecer al ejército daba inmediatamente al individuo y su familia cierto prestigio en su comunidad.

---

Paul Lovejoy, *Transformations in Slavery: A History of Slavery in Africa*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.

<sup>6</sup> R. Hill y P. Hogg, *A Black...*, *op. cit.*, pp. 3, 6, 11.

Los sudaneses, por lo general, provenían de culturas cuya religión original era netamente africana, aunque había una cercana influencia del islam y del cristianismo copto. Al ser incorporados al ejército, los sudaneses debían, de acuerdo con lo estipulado desde hacía siglos, convertirse al islam y recibir adoctrinamiento en esta religión. La lengua franca de los soldados sudaneses era el árabe hablado en su zona que, a los ojos de los testigos de la época, era muy rústico y limitado, pero servía para comunicarlos con sus oficiales. Pocos de ellos sabían leer y escribir. Los oficiales que los dirigían eran en su mayoría étnicamente turcos, pero había también árabes, balcánicos y no pocos caucásicos en estos rangos.

La lealtad de los sudaneses se basaba obviamente no en un sentimiento patriótico, nacionalista ni de amor al gobernante. Según Hill, era más bien la fidelidad del soldado al amo que le paga un sueldo y le procura beneficios económicos adicionales, a la manera de los mercenarios *condottiere* del Renacimiento europeo.<sup>7</sup> El islam servía de elemento unificador, y aunque los prejuicios raciales entre oficiales otomanos, árabes y egipcios y los soldados sudaneses siempre existieron, esto no impidió el buen desempeño de este ejército para ejercer sus funciones.

Cuando Muhammad Alí aplicó las reformas para modernizar al ejército egipcio, estudió los modelos de los ejércitos europeos, y decidió escoger el francés. Desde la incursión napoleónica a Egipto, en 1798, el ejército egipcio tenía en alta estima la eficiencia militar de los franceses, y varios asesores de ese país contribuyeron a la formación del *al-Nizam al Jadid* (nuevo ejército) que sustituyó a la milicia de los mamelucos. Aunque los sudaneses nunca recibieron el grado de entrenamiento militar de los soldados europeos, el sistema implantado con influencia francesa les ayudó a adaptarse con más facilidad cuando sus servicios fueron requeridos en México.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 13.

### Napoleón III, la intervención en México y el inicio de la aventura sudanesa

A mediados de 1861, el gobierno republicano encabezado por Benito Juárez se vio en la necesidad de suspender los pagos de la deuda externa, extenuado después de tres años de guerra civil. Este incidente motivó el envío a México, a principios de 1862, de una flota tripartita de Gran Bretaña, España y Francia, con el objetivo de obligar al gobierno de Juárez a cubrir las deudas contraídas con súbditos de estos países. El talento diplomático de Manuel Doblado, ministro de Juárez, logró obtener acuerdos con el gobierno británico y el español, quienes se retiraron del país. No obstante, los franceses, argumentando inconformidad por no ser resueltos sus reclamos, iniciaron, desde La Soledad, población donde se realizaban las negociaciones entre México y las tres potencias europeas, la tarea de conquistar el país.<sup>8</sup>

Napoleón III, sobrino de Napoleón Bonaparte, gobernante de Francia desde 1848 y emperador desde 1852, había anhelado establecer un protectorado en México que asegurase la influencia política y económica de Francia en América Latina y evitara la consolidación del poder estadounidense en la región. Aprovechando el estallido de la guerra entre la Unión y los estados confederados del sur, el asunto de la suspensión de pagos fue el pretexto que Napoleón III buscaba para invadir México. Un ejército francés, no mayor a los 4 000 efectivos, inició su avance ocupando Orizaba y dirigiéndose posteriormente a Puebla. Después de la célebre batalla del 5 de Mayo, donde los invasores fueron derrotados, los franceses quedaron estacionados en Orizaba durante varios meses, preocupados por mantener la línea de comunicación entre esta ciudad y el puerto de Veracruz. Fue por ese tiempo cuando el almirante Jurien de la Gravière, quien estaba a cargo de resguardar el puerto de Veracruz, solicitó al ministro de Guerra francés el envío de un cuerpo militar procedente de algunas de sus colonias de las Indias occidentales o de África. La razón de esta petición se debía a que las escasas tropas francesas estacionadas por entonces en México es-

<sup>8</sup> José María Vigil, "La Reforma", en Vicente Rivapalacio (dir.), *México a través de los siglos*, México, Cumbre, 1979, t. V, pp. 467-468, 495-507.

taban sufriendo bajas en números alarmantes, debido a la fiebre amarilla y al clima de la tierra caliente que era muy dañino para la mayoría de los europeos y para los mexicanos que no eran originarios de esa zona.<sup>9</sup> Aunque no estaba científicamente comprobado, los europeos tenían la certeza de que soldados de raza negra provenientes de áreas cálidas resistirían mucho mejor las inclemencias del clima veracruzano que los europeos. Ante la desesperada solicitud de su almirante, el gobierno de Napoleón III se dio a la búsqueda de una fuerza compuesta por soldados negros. Inicialmente se envió un cuerpo procedente de la Martinica, pero su número fue insuficiente. En los meses subsiguientes, cuando Francia decidió aumentar el contingente destinado a la invasión, llegó un cuerpo de tiradores argelinos, buena parte de ellos franceses estacionados en dicha colonia. Sin embargo, ellos también eran proclives a enfermarse. Finalmente, Napoleón III recurrió al *khedive* Muhammad Said Pasha, gobernante de Egipto. Aunque nominalmente Egipto seguía siendo una provincia del imperio otomano, la necesidad de lograr este acuerdo de la manera más discreta posible hizo que la solicitud de tropas negras se hiciera directamente al *khedive* y no al sultán otomano.<sup>10</sup>

Inicialmente, Napoleón III había solicitado al *khedive* Pasha que le facilitara un “regimiento de negros”, de entre 1 200 a 1 500 efectivos. Pasha contestó que en ese momento no podía proporcionarle más de 500. En realidad, al final solamente 446 embarcaron hacia México. El 3 de diciembre de 1862, el ministro francés de Asuntos Exteriores envió un cable en código secreto a su cónsul general en Alejandría anunciándole que “500 negros” quedaban a disposición del gobierno francés. Este batallón contaba con su propio comandante y oficiales de alto rango, y funcionaba como un cuerpo autónomo a las órdenes del ejército intervencionista francés. El ministro solicitó que la operación de embarque de estos soldados se hiciera con el mayor sigilo. Esto

<sup>9</sup> A la llegada del ejército tripartito a Veracruz, las bajas por el clima inhóspito se dieron principalmente en los contingentes británico y francés. Debido a esto, el gobierno de Juárez, en un gesto por demás generoso, permitió que las tropas extranjeras se instalaran en La Soledad durante las negociaciones con el gobierno republicano. J. M. Vigil, “La Reforma”, *op. cit.*, p. 499.

<sup>10</sup> R. Hill y P. Hogg, *A Black...*, pp. 16-17.

se debía a que tanto el gobierno de la Unión estadounidense como el británico, campeón mundial del abolicionismo por ese entonces, no verían con buenos ojos la participación de soldados que para Occidente no eran más que esclavos reclutados. El 28 de diciembre de 1862, un despacho del ministerio de Asuntos Exteriores francés notificaba al comandante en jefe de las operaciones militares en México que un “batallón de negros” había quedado a su disposición. Finalmente, en la noche del 7 de enero de 1863, el batallón sudanés embarcaba en la sección de la vieja aduana de Dar al-Maks, ubicada en las afueras del puerto de Alejandría. De esta manera comenzó la aventura de los soldados sudaneses en México.<sup>11</sup>

### Llegada a México del batallón sudanés y composición de este cuerpo

La misión tan secretamente guardada tomó totalmente por sorpresa a los soldados sudaneses. Para empezar, la costumbre en el ejército egipcio era que cuando un batallón o regimiento sudanés era transferido a alguna región distante, cada soldado llevaba a su mujer y a sus hijos consigo. En este caso, tal concesión no sólo les fue negada, sino que tampoco se les dijo cuál era su lugar de destino. Cuando el vapor *La Seine* zarpó de Alejandría, el 8 de enero de 1863, muchos de ellos esperaban lo peor. El barco llevaba un número de pasajeros muy superior al de su capacidad. Alí Jifun, único de los sudaneses que ha dejado unas memorias escritas sobre este acontecimiento, nos relata: “Aunque por ese entonces yo ya me había acostumbrado a todo tipo de vicisitudes, este barco de guerra francés, repleto con casi 500 sudaneses, quienes, muchos de ellos, nunca antes habían visto el mar, significaba una experiencia totalmente nueva y los primeros días sufrimos demasiado”.<sup>12</sup>

El viaje hizo escalas de aprovisionamiento en Algeciras, la isla de Madeira y en la Martinica. El trayecto transcurrió no sin

<sup>11</sup> *Ibid.*, pp. 17, 21.

<sup>12</sup> Ali Jifun, *Memories*, traducidas al inglés por P. W. Machell, y publicadas en *The Cornhill Magazine*, Londres, 1896, p. 184. Citado en R. Hill y P. Hogg, *A Black...*, p. 22.

altercados entre los sudaneses y la tripulación francesa, debido —según el comandante francés a cargo— a los malentendidos provocados por no hablar una lengua común y diferencias culturales. Durante la travesía atlántica entre Egipto y Martinica murieron cinco soldados sudaneses por neumonía e hidropesía. Por si fuera poco, otros cinco soldados murieron, junto a dos marineros franceses, antes de llegar a Veracruz, por haber contraído tifoidea al ingerir comida contaminada durante su estancia en Martinica. Un porcentaje importante de los pasajeros llegaron enfermos de disentería a su destino final. *La Seine* atracó en Veracruz el 24 de febrero, cuatro días después de haber iniciado el mes musulmán del Ramadán, donde hay que guardar ayuno durante todo el día. Todos los sudaneses siguieron este rito escrupulosamente.<sup>13</sup>

El cuerpo expedicionario sudanés estaba compuesto, al salir de Egipto, de 446 soldados más un intérprete civil que sabía árabe y francés. El batallón consistía en un comandante, un capitán, un teniente, un sargento, quince cabos, 359 soldados regulares, 39 reclutas y 22 asistentes. Su composición étnica era muy variada. El comandante del batallón, el mayor Jabaratallah Muhammad, era un blanco originario de Siria. El intérprete civil y algunos otros oficiales eran egipcios. El resto provenía de diversas partes de Sudán, como el sur de Darfur, las montañas Nuba, la frontera con Etiopía y la cuenca de Nilo blanco. Pertenecían a las etnias shilluk, dinka, nuer, jur y bari. Según Hill, también había un somalí procedente del Cuerno de África y otro soldado nacido en la cuenca del Chad.<sup>14</sup>

El batallón sudanés tuvo que adaptarse en poco tiempo no sólo al clima veracruzano, sino a la disciplina y al sistema militar francés. Esto no fue tarea fácil, pues aunque el moderno ejército egipcio se había formado a partir del modelo francés, los sudaneses eran un cuerpo inexperto. Mientras que los sudaneses no

<sup>13</sup> R. Hill y P. Hogg, *A Black...*, pp. 23-26. Al llegar al puerto, decenas de soldados y marinos fueron internados en el hospital militar de San Juan de Ulúa. Durante las primeras semanas de estancia murieron un total de 52 pasajeros de *La Seine*, entre marinos franceses y soldados sudaneses. Fueron enterrados en la isla de Sacrificios en un cementerio al que los franceses bautizaron sarcásticamente con el nombre de *Le jardin d'acclimatation*.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 21.

habían participado en su país en operaciones militares de gran envergadura, buena parte del ejército expedicionario francés había intervenido en las guerras de Crimea y en Italia. También había el problema de la lengua, ya que el intérprete civil no se daba abasto al tener que transmitir las órdenes de los oficiales franceses al árabe.<sup>15</sup> Dos oficiales franceses fueron comisionados para entrenar al ejército en sus funciones militares. De acuerdo con la investigación de Hill, estos sudaneses se adaptaron en poco tiempo, volviéndose un cuerpo disciplinado, y cuando salió de México, en 1867, casi todos sus elementos comprendían con facilidad el francés e incluso un buen número de ellos lo podía hablar con bastante soltura.<sup>16</sup>

Por otra parte, hubo necesidad de ajustar los rangos del batallón. Poco después de su llegada a México, todos sus oficiales fueron promocionados al rango inmediato superior. La idea de considerar a este batallón como cuerpo de elite, junto con necesidades administrativas, llevaron a los altos mandos franceses a tomar esta decisión.

El batallón, además de la necesidad de acoplarse con sus oficiales franceses y con otros batallones intervencionistas, también tuvo que acostumbrarse al clima de la zona, ajustarse a los cambios alimentarios y adaptar sus costumbres a un contexto totalmente diferente al que existía en su país. Además de la disentería contraída durante la travesía a México, al poco tiempo varios de ellos tuvieron algunas enfermedades y trastornos psicológicos. El comandante del batallón, el mayor sirio Jabarallah Muhammad, contrajo a las pocas semanas de su llegada fiebre amarilla y murió a causa de esta enfermedad en mayo de 1863. No pocos sudaneses empezaron a tener fuertes depresiones debido a la añoranza de su tierra y sus costumbres. Esto hizo dudar a los médicos franceses acerca de si los sudaneses realmente podrían resistir y aclimatarse al ambiente de las costas de México.<sup>17</sup> En cuanto al tema de los alimentos, la investigación

<sup>15</sup> *Ibid.*, pp. 10, 24. Para resolver este problema, posteriormente se transfirieron varios oficiales del cuerpo de tiradores argelinos al batallón sudanés, dado que sabían árabe y francés.

<sup>16</sup> Reporte del cónsul general de Estados Unidos en Egipto al secretario de Estado, Washington, 8 de junio de 1867; citado en R. Hill y P. Hogg, *A Black...*, p. 120.

<sup>17</sup> *Ibid.*, pp. 31-32.

de Hill asume que este aspecto inicialmente afectó mucho a los sudaneses, ante la imposibilidad de conseguir en Veracruz granos de mijo para preparar su pan tradicional (*aysha* o *kisra*). Tampoco tenían los ingredientes para producir una cerveza sin alcohol denominada *marisa*. Los miembros del batallón no podían comer la carne de res despachada en locales mexicanos, ya que sólo podían consumir la carne de animales sacrificados bajo la norma musulmana *halal* (legal, correcta). Esto obligó a que alguno de sus miembros se dedicara a esta actividad para proveer a sus compañeros de este alimento.<sup>18</sup> En el aspecto religioso, la imposibilidad de encontrar un *imam* para sus deberes y la falta de musulmanes en México obligó a aquellos sudaneses letrados a recitar el Corán en las oraciones del viernes y en las ceremonias fúnebres para enterrar a un compañero caído.<sup>19</sup> No obstante, de acuerdo con Hill, los sudaneses lograron sobrepasar todos estos inconvenientes y, para mayo de 1863, ya estaban en condiciones de entrar en acción.

### Acciones militares en México y opiniones de los oficiales franceses y sus aliados sobre el ejército sudanés

Durante los años que duró su presencia en México, las fuerzas francesas incrementaron significativamente su número. Entre 1862 y 1864, su contingente aumentó de 4 000 a 35 000 efectivos. Las fuerzas conservadoras mexicanas, aliadas a los franceses, sumaban aproximadamente unos 20 000 elementos.<sup>20</sup> Además, estaban los cuerpos autónomos de la Legión Extranjera y la contraguerrilla “Dupin”, formada por voluntarios de varias partes del mundo.<sup>21</sup> También había un cuerpo austriaco de voluntarios y otro belga, adscritos directamente al emperador Ma-

<sup>18</sup> *Ibid.*, pp. 30-31.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 37.

<sup>20</sup> Jesús de León Toral, *Historia militar: la intervención francesa en México*, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1962, pp. 70-71.

<sup>21</sup> La contraguerrilla francesa, conocida como “Dupin” debido a su comandante, el despiadado coronel Aquiles Charles Dupin, operó entre 1863 y 1865, principalmente en la zona de Tierra Caliente de Veracruz, Puebla y Tamaulipas. Véase Émile de Keratry, *La contraguerrilla francesa en México, 1864*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981.

ximiliano de Habsburgo, el gobernante apadrinado por Napoleón III para gobernar el país.

El batallón sudanés fue puesto, junto con la Legión Extranjera y la contraguerrilla, para formar una brigada que operaría principalmente en Tierra Caliente. Los sudaneses fueron divididos en cuatro compañías, con un oficial francés al mando, auxiliado por uno o dos oficiales del cuerpo de tiradores argelinos. Su principal función fue cuidar las líneas de comunicación entre el puerto de Veracruz y las poblaciones de Medellín, Tejería, La Soledad, Paso del Macho y Chiquihuite. Particularmente importante era la vigilancia de la incipiente línea de ferrocarril, de capital británico, que se extendía desde el puerto hasta Paso del Macho y contaba también con un ramal de Veracruz hasta Medellín. Las guerrillas republicanas de Honorato Domínguez y Marcos Heredia constantemente atacaban las líneas ferroviarias y las obras de construcción de nuevos tramos.<sup>22</sup> Así pues, su principal tarea fue escoltar convoyes en los caminos y cuidar a los pasajeros del ferrocarril. También fue su deber resguardar el puerto de Veracruz, donde dos de sus compañías se establecieron. Las dos restantes se ubicaron, una en La Soledad, la otra en Tejería. La ejecución de esta tarea les dio a los sudaneses la oportunidad de escoltar a un número importante de personalidades que viajaron a través de la costa y la ciudad de México, como los emperadores Maximiliano y Carlota, los mariscales Forey y Bazaine, decenas de clérigos de alta jerarquía, como el nuncio papal, y varios diplomáticos. Asimismo, su labor los llevó a librar cruentos combates con las guerrillas y restos del ejército regular republicano.<sup>23</sup>

A finales de 1863, las fuerzas intervencionistas controlaban buena parte del país y seguían extendiéndose hacia el norte. Los sudaneses permanecieron, durante toda su estancia en México, en el estado de Veracruz y no pasaron más allá de la ciudad de Córdoba.<sup>24</sup> Los sudaneses participaron, entre 1863 y 1866, en

<sup>22</sup> Manuel B. Trens, *Historia de Veracruz*, México, s.e., 1950, t. V, vol. 2, p. 427.

<sup>23</sup> R. Hill y P. Hogg, *A Black...*, p. 55.

<sup>24</sup> Ali Jifun afirma en sus memorias que él participó en el sitio de Puebla, en mayo de 1863. Hill sostiene que tal aseveración es falsa, ya que no hay registro alguno de presencia de soldados sudaneses fuera de Veracruz y piensa que esto sólo lo hizo para impresionar a los lectores de sus memorias. R. Hill y P. Hogg, *A Black...*, p. 50.

varias acciones militares memorables. Su “bautismo de fuego” tuvo lugar en La Soledad el 2 de octubre de 1863, cuando siete de sus efectivos, que escoltaban el tren, se enfrentaron junto con soldados de Martinica a un nutrido grupo de guerrilleros. En ese enfrentamiento perdió la vida el mayor Ligier de la Legión Extranjera, además de tres soldados, uno de ellos sudanés. La escolta sudanesa se apertrechó en los vagones del tren y logró rechazar a un enemigo muy superior en número. El jefe de operaciones de Tierra Caliente, J. M. Maréchal, expresó en su reporte su admiración por el desempeño en combate de los soldados “egipcios”, así denominados por los oficiales franceses: “este enfrentamiento le ha dado gran honor a los egipcios que participaron. Estos bravos hombres, hábilmente comandados por el teniente Schérer, quienes actuaron con admirable coraje y frialdad, han recibido con nobleza este bautismo de fuego y rechazado vigorosamente a un enemigo nueve veces superior en número”.<sup>25</sup>

Posteriormente, en julio de 1864, buena parte de la guarnición sudanesa de Veracruz participó en una acción de mayor envergadura: la toma de Tlacotalpan, bastión republicano donde estaban las aduanas que controlaban el paso del río Papaloapan. De un total de 600 hombres, 234 eran sudaneses. Una vez más el comandante Maréchal, quien se hizo cargo directamente de la operación, volvía a cubrir de elogios la participación sudanesa en el ataque que logró poner en manos de los intervencionistas esta importante plaza: “Estos egipcios, quienes difícilmente dejan de dar cuartel, han provocado enormes bajas al enemigo. Jamás había visto yo tanta energía puesta en el combate y todo realizado en absoluto silencio. Sólo sus ojos hablaban; estuvieron admirables, tanto en coraje como en espíritu”.<sup>26</sup>

Otras acciones memorables donde participaron los sudaneses fueron el ataque a Cocuita, para desmembrar la guerrilla del coronel Antonio García, en enero de 1865; la terrible derrota infligida a los intervencionistas en el Callejón de la Laja el 2

<sup>25</sup> Reporte del comandante J. M. Maréchal, 4 de octubre de 1863; citado en R. Hill y P. Hogg, *A Black...*, p. 43.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 58.

de marzo de 1865, cuando perdió la vida el comandante Maréchal y hubo numerosas bajas de los efectivos franceses, austriacos y sudaneses; la toma de Cotaxtla, población que era la base de operaciones de la guerrilla republicana, en agosto de 1865; y finalmente la batalla de las Palmas, en octubre de 1865, en que un destacamento sudanés colaboró en la persecución de un grupo guerrillero que había descarrilado y asaltado el tren.<sup>27</sup> A finales de 1865, un grupo de 45 sudaneses fue entrenado para incorporarse a un escuadrón de caballería.<sup>28</sup> Durante todo el año de 1886 y hasta su partida de México, en 1867, los sudaneses asignados a la caballería fueron destinados a labores de patrullaje y a la peligrosa misión de llevar los despachos oficiales a las comandancias del interior a través de los caminos de Tierra Caliente. El resto se mantuvo en labores de vigilancia desde sus ubicaciones en Veracruz, Tejería y Medellín.<sup>29</sup>

Por lo general, las opiniones de los oficiales franceses y de otros testigos del ejército intervencionista fueron siempre favorables al evaluar el desempeño de los sudaneses en la campaña en México. Al parecer, tanto africanos como europeos lograron interactuar cordialmente. No solo Maréchal, sino también el teniente Chesneau, solicitaron ascensos y condecoraciones para varios de los militares sudaneses.<sup>30</sup> Al término de su misión en México, el coronel Henri Blanchot, destacado en el puerto de Veracruz, escribía, en la primavera de 1867, al contar la situación de la ciudad:

Lo más extraño de todo era la apariencia de los egipcios que componían la guarnición de la ciudad. Estos negros, hijos del alto Egipto, han venido bajo la bandera francesa. Bajo el ardiente sol de la Tierra Caliente, ellos relevaron a las tropas francesas que estaban siendo aniquiladas por el despiadado clima. En estas memorias deseo agregar una palabra de gratitud a estos amigos de ayer que generosamente nos prestaron tan importante servicio. Eran excelentes, estas esculturas de ébano vestidos de cachemira blanca, aquellos descendientes de los guerreros de los antiguos faraones [...] Ellos mostraban un orgullo ávido de ganarse la admi-

<sup>27</sup> *Ibid.*, pp. 65-76.

<sup>28</sup> El batallón sudanés era en esencia de infantería, y esta adaptación fue una idea concebida totalmente por la oficialidad francesa.

<sup>29</sup> R. Hill y P. Hogg, *A Black...*, pp. 74, 95-96.

<sup>30</sup> *Ibid.*, pp. 66-67.

ración de los soldados franceses; su manera de saludar a los oficiales y de presentar armas era una elocuente característica que halagó profundamente a Francia.<sup>31</sup>

Por su parte, el conde Émile de Keratry, quien sirvió a la contraguerrilla francesa, comentaba, en 1864, al mencionar los estragos que causaban las guerrillas republicanas a la línea del ferrocarril:

la administración de la vía férrea se transportó a la Pulga, campamento ocupado todavía en la primavera anterior por esa heroica tropa de egipcios que, por su disciplina y por su uniforme, honra a su país. Desde 1863, fecha de su llegada a México como tropa auxiliar, estos bravos hijos del desierto africano siempre se han mostrado tan heroicos ante el fuego como ante las fiebres tropicales; y los servicios que han proporcionado en las postas militares más insalubres de Tierra Caliente merecen el agradecimiento de México y de Francia. Su uniforme, de una absoluta limpieza, es muy conocido en el estado de Veracruz e inspira temor a las gavillas mexicanas.<sup>32</sup>

No sólo la milicia francesa que peleó con los sudaneses quedó impresionada con ellos. La condesa austriaca Paula Kolonitz, miembro del séquito de la emperatriz Carlota que la acompañó desde Miramar hasta la ciudad de México, no podía ocultar su admiración y temor al escribir estas líneas que narraban un viaje por tren de Veracruz a Medellín:

Como guardia de honor y para defendernos comisionaron un grupo de esbeltos egipcios de buena complexión, que con graciosa elegancia portaban sus turbantes, sus trajes blanquísimos, sus largos arcabuces y un puñal en la cintura. Aquellos negros africanos soportan valientemente el maléfico clima de las costas mexicanas. A mí esta compañía me tenía en mayor agitación que si hubiese estado sola.<sup>33</sup>

La emperatriz Carlota, en un viaje que realizó a Yucatán en diciembre de 1865, tuvo una escolta de 30 sudaneses durante

<sup>31</sup> Charles Philippe Blanchot, *Mémoires, l'Intervention française au Mexique*, París, 1911, vol. III, pp. 368-369; citado en R. Hill y P. Hogg, *A Black...*, p. 110.

<sup>32</sup> E. de Keratry, *La contraguerrilla...*, pp. 100-101.

<sup>33</sup> Paula Kolonitz, *Un viaje a México en 1864*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 180.

su pasaje en el tramo de Veracruz. En el puerto recibió los honores de la guarnición y fue conducida de la plaza principal del puerto hasta el muelle por el escuadrón de caballería sudanés. A su regreso a la ciudad de México, la emperatriz le comentó al emperador Maximiliano acerca de los excelentes servicios que le proporcionó el batallón sudanés. Como recompensa, Maximiliano ordenó se le diese a sus miembros una remuneración económica que sería añadida al pago de su salario. A su vez, el prefecto del imperio mexicano en Veracruz condecoró a tres oficiales sudaneses con la orden de Guadalupe, la mayor distinción otorgada por el imperio mexicano.<sup>34</sup>

### **El ejército sudanés y su relación con la población mexicana**

Lógicamente, la relación de los sudaneses con la población local difícilmente podía ser cordial dado el carácter de su participación en México como ejército invasor. No sólo la falta de comunicación, sino también las abismales diferencias culturales entre ambos, hizo que los mexicanos, en especial aquellos republicanos o sus simpatizantes, tuviesen temor y odio hacia esos soldados de tierras desconocidas. Un incidente ocurrido poco después de su llegada vino a consolidar la mala opinión que muchos veracruzanos tenían acerca del batallón sudanés.

Una oscura noche de abril de 1863, un centinela sudanés de la guarnición ubicada en Medellín fue abatido por un disparo procedente de un conjunto de casas, no muy lejanas del fuerte donde estaban acuartelados. Al amanecer, el cuerpo completo de sudaneses se lanzó sobre los habitantes del caserío y mataron a nueve civiles, hombres mujeres y niños, e hirieron a otros tantos que lograron escapar. Los oficiales europeos, siguiendo la ley marcial francesa, detuvieron a ocho sudaneses implicados en la matanza, y aplicaron el castigo al que es sujeto cualquier militar que atente en contra de población civil indefensa. En la corte, los sudaneses admitieron su culpa, pero argumentaron que desconocían las leyes militares francesas y que siguieron los li-

<sup>34</sup>R. Hill y P. Hogg, *A Black...*, pp. 76-77.

neamientos, comunes en Egipto, de ejercer represalias hacia poblaciones enemigas responsables de un ataque en su contra. La corte militar declaró culpables a seis de ellos y los sentenció a cinco años de trabajos forzados en la prisión de San Juan de Ulúa. En realidad, su prisión duro poco más de tres años, pues fueron perdonados cuando los franceses se retiraron de México en 1867.<sup>35</sup>

Sea como fuere, a partir de este incidente, los mexicanos contrarios a la intervención y al imperio consideraron que los sudaneses se distinguían por su crueldad y salvajismo. Sebastián I. Campos, una de las fuentes mexicanas que utiliza Hill para su investigación, se expresa de forma similar cuando menciona las acciones de los sudaneses, haciendo alusión al “salvajismo y brutalidad de la legión egipcia”.<sup>36</sup> Por otra parte, la peculiar constitución física de los sudaneses causaba estupor y curiosidad entre la población civil de las ciudades y villas donde estaban sus cuarteles. Entre los lugareños se contaban historias fantásticas sobre ellos, acerca de su alimentación y sus hábitos. No obstante, las fuentes historiográficas mexicanas sobre el periodo, por lo general, no muestran mucho interés en el batallón, y sus referencias acerca de este tema son bastante vagas y generales.<sup>37</sup> Solamente aquellas que fueron escritas sobre el teatro de operaciones donde combatieron los sudaneses tienen información más detallada acerca del comportamiento de estos africanos. Tal es el caso de las memorias escritas por el teniente coronel Francisco P. Troncoso, quien ofrece una descripción de estos soldados que complementa las opiniones vertidas por Campos y nos da mayor detalle.

El teniente coronel Troncoso era miembro del Ejército de Oriente y vivió en carne propia el sitio de Puebla y su rendición, en mayo de 1863. Al igual que otros oficiales republicanos, fue conducido a Veracruz, para luego, en calidad de prisionero,

<sup>35</sup> *Ibid.*, pp. 47-49. Véase en especial p. 7 y las páginas aquí citadas para la explicación de Hill sobre la “Ley de Talió”, ejercida en Sudán y en las culturas semíticas del norte de África y de Medio Oriente.

<sup>36</sup> *Ibid.*, pp. 58-60.

<sup>37</sup> Véase por ejemplo el superficial tratamiento del tema en J. M. Vigil, “La Reforma”, *op. cit.*, y José María Iglesias, *Revistas históricas sobre la intervención francesa en México*, México, Porrúa, 1972.

enviarlo a Francia. El 8 de junio, durante una escala previa a su llegada a Veracruz, los prisioneros mexicanos fueron vigilados por soldados sudaneses. Troncoso nos cuenta una interesante anécdota:

llegamos a Tejería, donde nos reciben los bárbaros egipcios. Estos son unos 150 negros, que según se cuenta, regaló el virrey de Egipto al emperador Napoleón. ¡Bonito regalo! Todos son negros, jóvenes muy flacos y muy altos, sin instrucción militar, y tan feroces como los cocodrilos de su país. Están vestidos de lienzo blanco, lo que hace más resaltar su negrísimo color. Nos dijeron los oficiales franceses, que el jefe de esos egipcios, un gran personaje, había muerto hacía pocos días, y vimos su caballo, que es hermosísimo, ricamente enjaezado al estilo árabe. Según la última voluntad de aquel jefe, se ha embalsamado su cuerpo para enviarle a Alejandría, y su caballo también será enviado.

Como en Tejería no hay ningún alojamiento, campamos en el llano, rodeándonos los egipcios con un círculo de centinelas. Estos panteras negros no sabiendo ni una palabra de francés ni de español, y habiendo recibido orden de no permitir que nadie se nos acerque, ni que nos separemos de donde estamos, no dejan pasar ni aun a los oficiales y soldados franceses, por más que estos les quieren hacer comprender que pueden hacerlo.

Desde el obscurecer no nos dejan ir estos malditos negros a unos cuantos pasos de donde estamos; no nos hablan, sino que nos apuntan con sus fusiles preparados, y a esta expresiva pantomima nos volvemos a nuestros lugares. Por fin, un oficial francés dio parte al jefe del lugar y ha conseguido que se dé orden a estos egipcios para que nos dejen ir hasta cincuenta o sesenta metros del cordón de centinelas. Ya más humanizados, algunos de estos cocodrilos permiten que unos soldados franceses nos vayan a comprar queso, sardinas y vino, a la tienda desvencijada que tenemos a unos 70 metros de nosotros. A un joven negrillo más flaco y más alto que sus compañeros, y que es clarín, le señalo la tienda y le pongo un peso en la mano; él comprende, corre y subiéndose sobre el mostrador, se despacha por sí, tira el peso sobre el mismo mostrador, y me trae, también corriendo, un pedazo de salchichón, una gran torta de pan y una botella de vino; uno de los tenderos lo sigue, y me cobra otro peso más. Yo le doy dos reales a mi negrito, le convido de lo que me trajo, y entonces se pone a saltar de contento, lanzando gritos guturales de los más extraños que he oído; uno de los centinelas reía con él, pero otro gruñón los puso en juicio [...] Apenas amaneció y desperté, vi al negro a tres pasos, señalándome la tienda; le volví a dar un peso, me trajo un gran jarro de café con leche y una hermosa torta de pan ¡qué felicidad! Yo quería premiarle de alguna manera, y mientras lo pensaba, noté que su mirada se fijaba en mi cinturón del pantalón, que era de cuero, bordado de seda azul y oro, algo usado, y que se veía bien por tener yo desabrochado el chaleco. Inmediatamente me lo quitó y se lo di, quedando

el pobre tan admirado de un regalo para él tan grande, que abrió sus ojos desmesuradamente, se puso el cinturón y comenzó como anoche, a ejecutar sus brincos, volteretas, gritos y risas. Otros prisioneros lo ocuparon igualmente.<sup>38</sup>

Esta pintoresca y romántica descripción de Troncoso, en la que no se ocultan los prejuicios propios de su cultura y el desconocimiento que se tenía de África en México por ese entonces, es un invaluable testimonio. Muestra tanto la opinión de un oficial mexicano que habla de los guardias sudaneses con el resentimiento comprensible de un prisionero sometido por un ejército invasor, pero que a la vez señala el lado humano de estos hombres, en una historia que difícilmente se creería que ocurrió en un campo de prisioneros de guerra.

Además de la escasez de testimonios de mexicanos sobre los sudaneses, ignoramos cómo percibían los sudaneses su relación con los mexicanos con los que interactuaban. Una excepción la constituyen las memorias del soldado Ali Jifun mencionadas anteriormente. Él pertenecía al escuadrón de caballería sudanés recientemente creado para llevar despachos de la costa al interior. Puesto que los franceses habían sufrido numerosas bajas al desempeñar estas funciones, el mariscal Bazaine, jefe de operaciones francés en México, decidió que los sudaneses se harían cargo de esta tarea en adelante. Ali Jifun comenta la peligrosa misión de llevar un despacho desde Paso del Macho hasta Córdoba a principios de 1866. Allí menciona la amable actitud de unos indígenas que le advirtieron de los peligros del camino:

La siguiente noche [...] nos encontramos en medio de una aldea indígena. Los indios sin embargo resultaron ser una tribu amigable que había llegado a este territorio hostil; después de darnos comida y advertirnos que no deberíamos detenernos ante el temor de ser vistos por los mexicanos, ellos nos dejaron en nuestro camino. Poco después nos encontramos a un mexicano solitario que nos dijo que ciertamente seríamos interceptados ya que el camino de Córdoba estaba infestado de jinetes. Así que volvimos al bosque y permanecemos allí hasta la noche.<sup>39</sup>

<sup>38</sup> Francisco P. Troncoso, *Diario de las operaciones militares del sitio de Puebla en 1863*, México, Secretaría de Guerra y Marina, 1909, pp. 395-397.

<sup>39</sup> Ali Jifun, *Memories*, op. cit., pp. 326-327; citado en R. Hill y P. Hogg, *A Black...*, pp. 95-96.

Esta actitud amigable la interpreta Hill como producto de “las buenas relaciones que a través de la historia han tenido los descendientes de esclavos africanos y la población indígena”.<sup>40</sup> Aunque es aventurado establecer categóricamente esta aseveración ante un solo ejemplo, es posible suponer que los sudaneses, al final de su estancia en México, lograron una mayor comunicación con los mexicanos, superando las barreras lingüísticas y culturales que tuvieron que enfrentar desde el principio.

### **Fracaso de la intervención francesa y final de la aventura sudanesa en México**

Para mediados de 1866 era evidente que el proyecto intervencionista había sido un fracaso. El gobierno de Maximiliano no logró consolidarse ante una clase conservadora y clerical decepcionada por las inclinaciones liberales del emperador. Por otra parte, el gobierno republicano, encabezado por Benito Juárez, seguía en pie de lucha desde las ciudades de Paso del Norte y de Chihuahua. Las numerosas guerrillas que operaban en el país y la anarquía política reinante hicieron imposible el establecimiento de un comercio estable y, por ende, el crecimiento de la economía fue nulo, convirtiendo a la empresa de Napoleón III en un oneroso fracaso financiero. Por si fuera poco, la perspectiva de una guerra futura con Prusia y el fin de la guerra de secesión en Estados Unidos, a mediados de 1865, fueron hechos que obligaron al gobierno de Francia a repensar su campaña en México. El victorioso gobierno de la Unión Americana nunca había visto con buenos ojos la intervención francesa en México. Precisamente, un asunto relacionado con la posibilidad de aumentar el número de efectivos sudaneses fue el punto de partida para que el entonces secretario de Estado estadounidense, William Seward, rechazara vigorosamente el incremento del ejército intervencionista en México.

A fines de 1864, la oficialidad francesa a cargo de la costa de Veracruz concibió la idea de solicitar al Ministerio de Guerra francés el trámite de un nuevo contingente sudanés, a fin de

<sup>40</sup> R. Hill y P. Hogg, *A Black...*, p. 47.

que reemplazara al batallón que había servido desde 1863 y cuyas bajas en combate, por enfermedad y por “nostalgia”, habían mermado su efectividad.<sup>41</sup> Respondiendo a esta solicitud, el *khedive* Ismail Pasha decidió hacer los preparativos para el envío de una fuerza de 1000 efectivos, ordenando a su ministro de Guerra, el 19 de junio de 1865, que se procediera a la formación del batallón y a su embarque. No obstante, este proyecto no se llevó a cabo debido a que la tropa que iba a ser enviada se amotinó y fue brutalmente reprimida por la oficialidad otomana a cargo en la plaza de Kasala donde se realizaba la formación del batallón. Hill argumenta que la causa del motín se debió a la negativa de las autoridades a que los sudaneses llevaran consigo a sus mujeres y niños, como era costumbre. También contribuyó que se les ocultó cuál era su destino final, igual que sucedió cuando se envió el primer contingente. Comenzó a haber rumores entre los soldados de que la misión por la que estaban siendo reclutados era un engaño y que, en realidad, iban a ser deportados a una colonia lejana de ultramar como represalia a un motín anterior sucedido en ese lugar un año antes, a causa de no recibir salarios durante largo tiempo.<sup>42</sup> Este incidente no sólo pospuso el envío de las tropas de reemplazo sudanesas, además alertó a Gran Bretaña y Estados Unidos sobre el uso de soldados que en realidad eran considerados esclavos, estos países que lideraban la lucha antiesclavista en el mundo.

Después de la supresión del motín siguieron adelante los preparativos para el envío de las tropas sudanesas. Sin embargo, en otoño de 1865, Seward envió, a través de su representante en París, un terminante mensaje a Edouard Drouyn de Lhuis, ministro francés de Asuntos Exteriores. En él hacía saber que el gobierno de Estados Unidos veía con desaprobación el envío de un batallón de reemplazo sudanés a México por dos motivos: uno, porque la empresa intervencionista atentaba contra un país con instituciones republicanas, y el otro porque, además, involucraba a soldados egipcios que, de acuerdo con el gabinete de Washington, no eran más que esclavos empleados en una guerra. Esto era contrario a los principios abolicionistas de Estados

<sup>41</sup> *Ibid.*, pp. 61-62.

<sup>42</sup> *Ibid.*, pp. 81-84.

Unidos.<sup>43</sup> El riesgo de un conflicto armado con ese país hizo al gobierno de Napoleón III desistir de tal envío. Posteriormente, en 1866, cuando fue evidente que Francia había decidido retirar sus tropas de México dejando a su suerte el imperio de Maximiliano, el proyecto de enviar más soldados sudaneses fue desechado definitivamente.<sup>44</sup>

En la primavera de 1867, las tropas francesas comenzaron a evacuar las plazas en el norte y occidente del país, siendo casi inmediatamente ocupadas por las fuerzas republicanas. Para los franceses era vital mantener las líneas de comunicación con el puerto de Veracruz para poder salir del país. El batallón sudanés contribuyó a esa tarea vigilando el tramo entre Córdoba, Paso del Macho y Tejería y, debido a esa función, fue de las últimas tropas intervencionistas en abandonar el país. El 12 de marzo de 1867, los últimos tres buques franceses zarpaban de la isla de Sacrificios terminando así la expedición francesa iniciada en 1862. En uno de esos buques iba el mariscal Aquiles Bazaine y su familia. En otro de ellos, *La Seine*, viajaban los sudaneses que sobrevivieron a la aventura mexicana.<sup>45</sup>

Durante el viaje de regreso a casa, el cual fue menos dramático para los sudaneses que aquel que los llevó a México, el mariscal Bazaine decidió cambiar la ruta original que se tenía para los africanos con destino directo a Alejandría y los llevó a París, donde sus oficiales fueron condecorados después de participar en un desfile por las principales calles de la ciudad. Bazaine, quien había permanecido varios años en Argelia antes de ejercer su cargo de comandante en jefe en México, tenía particular aprecio por estos sudaneses. Poco después de su visita a Francia, los sudaneses embarcaron en Toulon para finalmente alcanzar el puerto de Alejandría entre los días 26 y 27 de mayo de 1867.<sup>46</sup>

<sup>43</sup> *Ibid.*, pp. 89-90.

<sup>44</sup> J. M. Iglesias, *Revistas...*, *op. cit.*, "La cuestión extranjera", p. 704.

<sup>45</sup> R. Hill y P. Hogg, *A Black...*, pp. 109-112.

<sup>46</sup> *Ibid.*, pp. 115-117; J. de León Toral, *Historia militar...*, p. 79.

## El legado del batallón sudanés en la historiografía africana y mexicana

De los 446 sudaneses que partieron a tierras mexicanas, sólo 321 volvieron a tierras africanas. Richard Hill, quien intentó seguir los pasos de estos sudaneses de regreso a Egipto, afirma que con excepción de algunos oficiales, se desconoce el destino final de la mayoría de ellos. Hill sostiene que la expedición a México fue favorable para el batallón sudanés, porque además de que todos sus elementos fueron promocionados a rangos superiores, su entrenamiento y acciones conjuntas con tropas europeas los convirtió en un cuerpo militar de elite que fue reconocido y premiado por el *khedive* Ismail Pasha.<sup>47</sup>

Egipto y su provincia sudanesa vivieron violentos acontecimientos posteriores a la aventura mexicana. Primero, Tawfik, quien sucedió al *khedive* Ismail en 1880, hubo de enfrentar una revolución de corte nacionalista que le obligó a recurrir a la ayuda británica para mantenerse en el poder. Los sudaneses se mantuvieron ajenos a esta revolución encabezada exclusivamente por egipcios blancos. Finalmente, el protectorado británico se impuso en Egipto e intentó consolidar su presencia en Sudán. Hill logró encontrar datos de algunos sudaneses “mexicanos” que se vieron involucrados en estos acontecimientos. Este investigador rebela que hubo veteranos de México que participaron en la conquista de la región de Darfur (1874-1876); en la guerra que Egipto libró contra el emperador etíope Johannes IV (1875-1876) bajo órdenes británicas, en la campaña adversa de 1885, cuando el líder islámico Muhammad Ahmad ibn Abdallah, conocido como *el Mahdi*, destruyó a un ejército anglo-egipcio en Jartum en la que pereció el general británico Charles Gordon y cuatro oficiales sudaneses veteranos de México. Ali Jifun, único participante en la campaña en México que dejó sus memorias, siguió activo como militar hasta poco antes de su muerte, en 1898, y alcanzó el grado de capitán.<sup>48</sup>

La huella que los sudaneses dejaron en la historiografía mexicana es casi imperceptible, como se ha mencionado. Los regis-

<sup>47</sup> R. Hill y P. Hogg, *A Black Corps d'Élite*, p. 112.

<sup>48</sup> *Ibid.*, pp. 123-148. H. A. Ibrahim, “Resistencia e iniciativas africanas en África del noreste”, *op. cit.*, pp. 87-102.

tros franceses de la guerra de intervención indican que fueron reportados doce sudaneses como desertores y de ellos no se sabe su destino posterior en México. El hecho de que hayan permanecido en una región como Veracruz, cuya población cuenta con herencia cultural y biológica africana, hace difícil distinguir en principio alguna descendencia directa de los sudaneses.<sup>49</sup> El tema sobre cómo estos sudaneses pudieron adaptarse a una cultura diferente a su cosmovisión islámica y africana, su lenguaje materno y sus hábitos alimenticios, ciertamente invita a la especulación. La búsqueda minuciosa en archivos municipales veracruzanos y la lectura meticulosa de memorias o registros testimoniales de esa época, publicados o por publicar, podrían ayudar a tener alguna información sobre los sudaneses que decidieron permanecer en el país, a pesar del gran abismo entre su cultura y la de México.

Sólo resta un comentario historiográfico sobre la investigación de Richard Hill. Hill es profesor emérito de Oxford y reconocido historiador africanista especializado en Sudán, quien fue auxiliado por Peter Hogg en la búsqueda de información en archivos de ese país para el estudio del batallón que combatió en México. El libro, resultado de esta investigación, es rico en información sobre las acciones de los sudaneses en Egipto y Sudán antes y después de su aventura fuera de África. Hill consultó registros de su viaje a México a través de archivos militares franceses que permiten establecer su número, rangos, promociones, bajas y otros datos administrativos, como el armamento y equipo que les fue proporcionado. El investigador es muy cuidadoso en seguir datos que ayuden a entender las condiciones en que los sudaneses combatieron a las fuerzas republicanas. De particular valor son los apéndices, donde hay una lista con los nombres de todos los sudaneses que formaron parte del batallón y la relación detallada de las fuentes primarias y secundarias que se utilizaron.

No obstante, salta a la vista que Hill, al estar tan familiarizado con fuentes africanas y mostrar buen conocimiento de fuentes europeas y estadounidenses, tiene escaso conocimiento de las mexicanas, basándose en sólo dos fuentes testimoniales, la

<sup>49</sup> R. Hill y P. Hogg, *A Black Corps d'Élite*, p. 112.

de Campos y la de Troncoso, para mostrar la manera en que los mexicanos veían a los sudaneses. El autor ignora otras fuentes ricas en información sobre la guerra de intervención en Veracruz, como la historia de Veracruz escrita por Manuel M. Trens, o la *Reseña histórica del Ejército de Oriente* escrita por Manuel Santibáñez.<sup>50</sup> Probablemente, un estudio más profundo sobre las percepciones mexicanas del batallón sudanés, además de ser un arduo trabajo de búsqueda en archivos municipales, estatales, y de institutos y bibliotecas de la región, no siempre de fácil acceso, constituiría *per se* otra investigación fuera de los objetivos y alcances de los autores.<sup>51</sup> Por otra parte, es evidente que Hill muestra opiniones desmesuradas que evidencian un claro desconocimiento de la historia moderna y contemporánea de México, así como de su cultura.<sup>52</sup>

Una lectura atenta de la investigación de Hill nos muestra su clara intención de ofrecer una imagen positiva de los sudaneses como militares disciplinados y eficientes, cuya relación con los oficiales franceses siempre fue cordial, salvo el incidente en Medellín contra la población civil que les costó una corte marcial y prisión a varios de ellos. También es evidente el deseo de Hill de confirmar el excelente desempeño de los sudaneses “mexicanos” en sus campañas posteriores en suelo africano. Para el primer caso, aunque Hill nos proporciona abundantes testimonios, desde altos mandos hasta rangos menores de militares franceses que elogian el trabajo de los sudaneses, cabe preguntarse si una búsqueda más profunda de testimonios e informes oficiales de autoridades francesas o imperiales mexicanas arrojaría el mismo resultado. Por otro lado, Hill, cuando habla de la experiencia adquirida por los sudaneses en México, olvida que la historiografía africana de la colonización demues-

<sup>50</sup> M. B. Trens, *Historia de Veracruz*, op. cit.; Manuel Santibáñez, *Reseña histórica del cuerpo del Ejército de Oriente*, México, Oficina Impresora del Timbre, 1892.

<sup>51</sup> Particularmente el estado de Veracruz adolece de archivos sobre la época muy descuidados, en ciudades como Xalapa, Córdoba y Veracruz.

<sup>52</sup> Este desconocimiento se refleja cuando Hill asevera a priori que los sudaneses padecieron desnutrición debido a que la alimentación en México era menos nutritiva e higiénica que en Sudán, R. Hill y P. Hogg, *A Black...*, p. 30; también cuando afirma que México siempre vivió en anarquía política, hasta 1914 cuando “un gobierno nacional adulto estaba por fin a la vista” y cuando por coincidencia el puerto de Veracruz estaba ocupado por tropas de Estados Unidos. *Ibid.*, p. 113.

tra que por lo general los sudaneses se adaptaron bien a fuerzas europeas, francesas, británicas y alemanas, en las guerras coloniales posteriores al reparto de África sancionado por la Conferencia de Berlín de 1884-1885. Lo anterior demostraría una habilidad de los grupos sudaneses para aprender las artes militares europeas y para adaptarse con facilidad al armamento moderno y a las técnicas militares que con rapidez fueron implementándose a fines del siglo XIX y principios del XX.

Sea como fuere, el trabajo de Hill, realizado por un africanista, constituye una “rareza temática” en cuanto a la formación y especialidad del autor y nos muestra, desde una perspectiva particular, cómo la intervención francesa en México, además de todos los pesares que trajo a la población local, contiene un episodio único que reúne a individuos africanos, europeos y mexicanos en una interacción involuntaria, que muestra cómo las percepciones de otredad y creación de imaginarios en el México del siglo XIX funcionaban ante culturas tan lejanas una de la otra. ❖

## Bibliografía

- AGUIRRE BELTRÁN, Gonzalo, *Cuijla: esbozo etnográfico de un pueblo negro*, México, FCE, 1958.
- , *La población negra en México*, México, Fuente Cultural, 1946.
- ALAMÁN, Lucas, *Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, t. 1, México, FCE, 1985.
- CAMPOS, Sebastián I., *Recuerdos históricos de la ciudad de Veracruz y costa de sotavento del estado: durante las campañas de tres años, la intervención y el Imperio*, México, Secretaría de Fomento, 1895.
- FERNÁNDEZ DE LIZARDI, Joaquín, *El Periquillo Sarniento*, México, Porrúa, 2002.
- GITHIORA, Chege, *Afromexicans: Discourse of Race and Identity in the African Diaspora*, Trenton, Africa World Press, 2008.
- HERNÁNDEZ CUEVAS, Marco Polo, *África en el carnaval mexicano*, México, Plaza y Valdés, 2005.
- HILL, Richard y Peter Hogg, *A Black Corps d'Élite*, East Lansing, Michigan State University Press, 1995.
- IBRAHIM, H. A., “Resistencia e iniciativas africanas en África del no-

- reste”, en Adu Boahen (ed.), *Historia general de África*, Madrid, UNESCO-Tecnos, 1987, vol. 7.
- IGLESIAS, José María, *Revistas históricas sobre la intervención francesa en México*, México, Porrúa, 1972.
- KERATRY, Émile de, *La contraaguerrilla francesa en México*, 1864, México, FCE, 1981.
- KOLONITZ, Paula, *Un viaje a México en 1864*, México, FCE, 1984.
- LEÓN TORAL, Jesús de, *Historia militar: la intervención francesa en México*, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1962.
- LOVEJOY, Paul, *Transformations in Slavery: A History of Slavery in Africa*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.
- MARTÍNEZ MONTIEL, Luz María, *Presencia africana en México*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994.
- REYES LARREA, Israel, Nemesio Rodríguez Mitchell et al. (comps.), *De afromexicanos a pueblo negro*, México, UNAM, 2009.
- SANTIBÁÑEZ, Manuel, *Reseña histórica del cuerpo del Ejército de Oriente*, México, Oficina Impresora del Timbre, 1892.
- SCHWARTZ, Rosalie, *Across the Rio to Freedom: U.S. Negroes in Mexico*, El Paso, University of Texas, 1975.
- TRENS, Manuel B., *Historia de Veracruz*, México, t. v, vol. 2, s. e., 1950.
- TRONCOSO, Francisco P., *Diario de las operaciones militares del sitio de Puebla en 1863*, México, Secretaría de Guerra y Marina, 1909.
- VALDÉS, Carlos Manuel, *Esclavos negros en Saltillo: siglos XVII-XIX*, Saltillo, Ayuntamiento de Saltillo, 1990.
- VIGIL, José María, “La Reforma”, en Vicente Rivapalacio (dir.), *México a través de los siglos*, t. V. México, Cumbre, 1979.

